

El viaje

El leve cosquilleo de una mano al acariciar su cara le devolvió de nuevo a la realidad. Se incorporó torpemente, despegando la cabeza del hombro derecho de su madre. Ella trataba de ocultar su tristeza, pero la verdad quedaba reflejada en sus castaños ojos. Su pelo negro hacía días que no entraba en contacto con el agua; la suciedad también estaba en su oscura piel, en la de todos ellos. Sus cuerpos estaban cubiertos del polvo que creaba la camioneta en la que eran transportados. Iban en el remolque de ésta. Alrededor de unas veinticinco personas, sin embargo, no les importaba el hecho de estar apretados, pues huían de una muerte inminente.

Hacía dos días que habían abandonado su ciudad natal. Dos largos días en la camioneta, parando únicamente un par de veces para recargar combustible y descansar. Apenas habían probado bocado desde la salida, unas pocas piezas de fruta al día les aportaban la energía que necesitaban.

El motivo de su traslado era que su país estaba en una interminable guerra que llevaba durando años, por eso se dirigían en busca del cobijo de algún país cercano. No habían planeado ni cómo ni dónde iban a vivir. No obstante, cualquier lugar sería mejor.

—¿En qué piensas, Axel?—preguntó ella.

Sus cálidos dedos se entrelazaron con los de él.

—En papá.

Hace una semana le habían detenido por acumulación de deudas. Casi no le dejaron tiempo para despedirse de ellos cuando se le llevaron.

—Ya sabes que necesitábamos ese dinero que tu padre pidió en los préstamos. No le hemos abandonado, él nos llamará cuando salga dentro de tres meses. Para ese momento seguro que hemos encontrado un hogar seguro.

—Yo podía haberme quedado allí esperándole, soy muy fuerte.

Una pequeña sonrisa apareció en el cansado rostro de su madre. Axel se alegró.

—Tienes sólo once años, hijo.

—¡Pero era el más alto de mi clase!—respondió él rápidamente a la defensiva. Ella no pudo evitar reír y le abrazó.

—Ya verás cómo todo saldrá bien—su voz no sonaba del todo convincente.

Sus ojos se llenaron de lágrimas aprovechando que su pequeño no la podía ver. Tenía miedo de todo lo que podía pasar, a pesar de haberse alejado de los principales focos de explosiones. Ella había visto cómo habían quedado las ciudades anteriores a la suya, todo destruido, ni un cristal en sus ventanas, nada.

La camioneta se paró para rellenar su depósito. Aprovechando la parada, todos los pasajeros bajaron. Solían utilizar esos momentos para descansar media hora del molesto malestar que causaba el vehículo.

Ambos se alejaron un poco del grupo en busca de la tranquilidad que los otros no permitían. El sol estaba sobre sus cabezas, tratando de proporcionarles algo de calor que no evitaba que no se olvidasen del invierno. Sus chaquetas eran su mejor defensa contra el frío.

Axel observaba al grupo con disimulo. Era el único niño que viajaba en la camioneta, el resto eran personas de mediana edad, exceptuando tres ancianos que rozarían los setenta y cinco. Se fijaba en sus rostros, ninguno de ellos expresaba ganas

de continuar con el viaje. Durante los dos días que había pasado en la camioneta había escuchado todo tipo de conversaciones que le servían para interiorizar cosas que los adultos decían de la realidad. La primera mañana las charlas habían sido divertidas, con alguna que otra broma que trataba de provocar carcajadas. Al final de ese día el cansancio del viaje ya estaba haciendo mella. A la tarde del segundo día apenas había diálogo, también podría ser porque estaban en una zona más arenosa y el miedo a tragar polvo con la escasa agua que llevaban les echaba hacia atrás. Pero no era por eso. Axel, que a la par de ser curioso era algo cotilla, se concentraba para escuchar lo que otros decían, era uno de sus únicos pasatiempos del viaje. El pesimismo había calado en todos excepto en él, quizá porque todos ellos eran realistas y él un iluso niño. Durante esa noche las pocas voces que se escuchan eran algún tipo de queja.

—Toma—le dijo su madre, a la par que le daba un pequeño codazo para atraerle de nuevo, mientras le daba un gajo de naranja—. Estas dicen que las han traído del sur, ¡ya verás qué buena!

Esbozó una diminuta sonrisa.

El rugido de los motores impedía a Axel dormir. Hacía ya dos horas que habían continuado su rumbo y el sol estaba a punto de esconderse por el horizonte. El color rosáceo del cielo transmitía al chico un sentimiento de seguridad; estaba raso, lo cual significaba que se avecinaba una fría noche. El conductor les había proporcionado unas cuantas mantas que, junto con su calor corporal, podría considerarse suficiente.

Había cambiado algo en el ambiente. Todos estaban algo más alegres y Axel no sabía el porqué de ese repentino cambio de ánimo. La curiosidad le inquietaba de tal manera que ya no trataba de disimular para escuchar las conversaciones.

—¡No seas cotilla!—le susurró su madre—. Al parecer, han dicho durante la parada anterior que mañana a la tarde, en menos de que nos demos cuenta, habremos llegado a uno de los sitios en los que descansaremos.

Una emoción recorrió todo el cuerpo del muchacho.

—¡Eso es fantástico!

Ella asintió camuflando la verdad de tal manera que resultase convincente. Sabía que ese sitio estaría abarrotado de gente en las mismas condiciones que ellos. El transporte que habían podido pagar sólo les permitía llegar hasta ese lugar. Hasta cierto punto había sido previsora, pues había reservado dos naranjas por si durante su estancia allí no encontraban nada, y guardaba las únicas monedas que le quedaban. Trató de poner la mente en blanco y dormirse.

Por otro lado, Axel observaba las estrellas sin apenas pestañear, dado que nunca había tenido tanto tiempo para mirarlas. El chico no estaba del todo disgustado por lo que ocurría, si es verdad que todos los pasajeros trataban de colorearle lo que estaba sucediendo, por lo cual él se veía en la situación de poder elegir en qué pensar. Lo podía ver como unas vacaciones sin un final, como una manera de conocer mundo o, en cambio, como una huida de algo malo. Sin duda, él prefería considerarlo una gran aventura que podría contar a sus amigos cuando todo acabase.

—A mí también me gusta mucho mirar el universo—le dijo un hombre.

Axel, sorprendido de que le hablasen a esas horas, le miró confuso. No le veía la cara con demasiado detalle, la noche había caído rápidamente sin que se hubiese dado

cuenta. La única luz que los alumbraba era la procedente de la luna creciente que apenas llegaba a la mitad de su recorrido.

—Sí, aunque no suelo mirarlas casi nunca—contestó algo asustado.

El hombre, al darse cuenta de que el chico pasaba miedo, trató de ser más cercano.

—Mira—dijo señalando en una dirección—. ¿Ves esa estrella tan brillante? Éste asintió.

—Se llama la Estrella Polar—hizo una pausa para que Axel asimilara la nueva información—. Pues ahora bien, si continuas desde esa estrella estableciendo conexiones, juntando las dos estrellas siguientes y a continuación las otras cuatro, encontrarás la osa menor.

Esta vez le costó un poco más encontrar el pequeño carro que podía dibujarse sobre su cabeza. Cuando lo hizo no podía contener la emoción que su cuerpo estaba albergando.

—¿Cómo es que sabe todo esto?—preguntó, más decidido que al comienzo de la conversación.

—Aunque resulte difícil de creer, yo era profesor de escuela. Enseñaba a chicos más mayores que tú. Matemáticas y alguna que otra vez Física, pero...—el hombre se paró en seco al darse cuenta de que su tono de voz estaba decayendo. Se olvidó de sus desgracias y buscó sus mejores palabras para motivarle—. ¿Cuál es la clase que más te gusta a ti?

—Yo creo que Ciencias de la Naturaleza—respondió tras unos escasos segundos de reflexión—. Cuando sea mayor quiero ser veterinario.

El hombre no pudo evitar sonreír.

—Seguro que serás uno de los mejores—finalizó este revolviéndole su desaliñado pelo—. Si no puedes dormir, sigue buscando grupos de estrellas, que hay cientos de ellos, y mañana me cuentas.

Axel volvió a mirar al cielo para seguir contemplándolo. Su nariz ya estaba comenzando a moquear, por lo que tiró del borde de la manta hacia arriba hasta dejarla lo suficientemente alta como para que sus ojos fueran lo único que saliesen de ella. Pensaba en la conversación que había tenido con el profesor, en la situación a la que este había llegado. Incluso tratando de evitar la realidad, esta se resistía a quedar escondida en segundo plano. Sabía que lo que les estaba pasando era algo peligroso. Aun así, no sabía hasta qué punto.

—...hacer nada si la fuerza predomina sobre las palabras, pues la fuerza no es directamente proporcional a la inteligencia. El principal problema es que el más necio es capaz de utilizar la fuerza, en cambio no le resultan útiles las palabras.

Axel había sido despertado por la conversación que se estaba llevando a cabo. No se atrevía a abrir los ojos por si acaso alguno de ellos la interrumpía, puesto que ya se había dado cuenta de que, cuando él estaba, los temas trataban de ser suavizados.

—La guerra trae más guerra—comentó otra voz más ronca que la anterior.

La luz que atravesaba las pupilas del chico le permitía saber que ya era de día. Sin embargo, las escasas voces que se escuchan demostraban que todavía era algo temprano.

—¿Entonces para qué te ha servido estudiar Derecho?—preguntó una mujer.

Las voces cesaron durante unos segundos dejando protagonismo al sonido del motor y al ruido de las ruedas sobre el suelo.

—Ahora hasta él está confuso—dijo el segundo hombre que había hablado—. Está teniendo unos días malos. Sus cinco hermanos pequeños hace días que partieron con su madre y todavía no sabe nada de ellos.

—Seguro que hoy los encuentras en el campamento. El tiempo nos impedirá llegar antes de lo que ayer estimábamos, pero, como muy tarde, a la noche seguro que habremos llegado.

—Tengo miedo de encontrarlos sin nada que llevarse a la boca. Todos estamos yendo al mismo lugar, quizá no haya sitio para más gente.

Axel sintió un escalofrío que tras acabar dejó un malestar en su cuerpo.

—Habrá voluntarios de otros países ayudando a que no se pierda la calma y no se des controle la situación—trataba de convencer la chica.

—Será un caos.

Esa última palabra se desvaneció lentamente dando por acabada la conversación, quedando una situación algo amarga y complicada. El pesimismo estaba calando cada vez más a fondo en todas las personas. Estar alejándose de las armas no significaba que lo peor hubiera acabado.

Axel decidió abrir los ojos para ver si su madre ya estaba despierta, y así era.

—Buenos días—dijo dándole un beso en la mejilla.

Las viejas ojeras de su madre cada vez estaban más marcadas. Estaba claro que algo la inquietaba, incluso su hijo se daba cuenta. A pesar de eso ella sacaba siempre su mejor sonrisa para él.

—¿Qué tal has dormido?

—Del tirón, mucho mejor que ayer, hijo—sus palabras se vieron interrumpidas por el rugido de las tripas de Axel—.¿Quieres que nos comamos una naranja?

Este asintió ansioso, mirando su reloj para ver la hora. Las diez y cuarto. Era una mañana más fría que la anterior. El cielo estaba completamente encapotado, repleto de unas grisáceas nubes que amenazaban con descargar todo su contenido sin previo aviso. Nada más abrir la naranja su olor llegó a las fosas nasales de Axel, se le hacía la boca agua. La última vez que había tomado algo fue la noche anterior cuando una mujer le invitó a coger de su bolsa de patatas. Esta vez el reparto de la fruta fue desigual; el pequeño recibió tres cuartos.

—No, toma. Tenemos que comer lo mismo, mamá—dijo dividiendo correctamente los gajos.

Estaba tan hambriento que podría comerse cuatro naranjas seguidas, en cambio decidió ser justo con ella.

—No tengo hambre—respondió rechazando su ofrecimiento—. Cuando dormías he comido un trozo de queso que un hombre muy amable me ha dado.

Su sonrisa hacía que sus palabras pareciesen convincentes. Axel la miró a los ojos en busca del mínimo rasgo de mentira. Era una técnica que estaba enseñándole su padre, sin embargo, le pareció sincera.

Ella le miraba comer tratando de aguantar las lágrimas, no podía soportar ver a su hijo pasar por esas condiciones.

—¿Me das agua?

Evitando desarroparse lo más mínimo sacó una vieja cantimplora azul. El frío acero del suelo de la camioneta hacía el viaje mucho menos llevadero.

—No bebas demasiado que en menos de dos horas tendremos más agua de la que necesitemos—comentó uno de los ancianos.

El chico tardó en darse cuenta a lo que el señor se refería. Miró al cielo y tragó saliva seguidamente. Tenía algo de frío ya, no quería imaginarse cómo se sentiría cuando empezara a llover.

Sintió un pequeño alivio cuando el agua recorrió su deshidratada garganta. Mientras ésta bajaba notaba cómo un brote de vida crecía en su interior. Axel se sentía ahora más energético, con fuerzas para todo lo que se le presentara.

Tras la esperada parada que hacía una hora que había llegado, se pusieron en marcha de nuevo. Habían repuesto todo el combustible que necesitaban para llegar a su destino, además este pequeño descanso que habían tenido fue utilizado por Axel y su madre para ver el último pueblo que quedaba hasta llegar a la frontera. Ninguno de ellos lo había visitado nunca, pues su desastrosa condición económica nunca se lo había permitido.

Axel ya llevaba un rato contemplando los árboles que aparecían a lo largo del camino. Estaba cansado de jugar a los aburridos juegos que la gente con la que iba le proponía, incluso había llegado hasta tal punto que las conversaciones de los demás no le satisfacían para nada. Cuando vivía en la ciudad, no era un chico muy sociable que se dijese, pero esa continua ausencia de gente menor a veinte le estaba matando por dentro. Le quitaba las pocas energías que tenía, por no hablar del pesimismo que se comenzaba a desarrollar dentro del chico y que éste trataba de evitar.

Un gélido aire se había levantado nada más retomar el trayecto, dificultando mucho más el confort del lugar. La nariz de Axel estaba comenzando a moquear cuando una gota le cayó en la frente. Seguida de esta vinieron muchas otras dispersas que, justo después de que todo el cielo se viese iluminado por un cegador relámpago, dieron por finalizado el preámbulo. La amenazadora tormenta que llevaban todo el día avistando ya había llegado cuando el trueno estremeció sus oídos.

El miedo había llegado al cuerpo del pequeño cuando otra estela de luz rasgó el cielo dividiéndolo en dos. Axel se acercaba todo lo que podía a su madre para notar su calor. La lluvia caía con tanta intensidad que ya había empapado por completo todos los cuerpos que llevaba la camioneta. No se veía nada a más de diez metros de ellos. El chico apenas escuchaba lo que su madre le decía para consolarle, por lo que trató de guarnecerse del agua bajo la pesada manta que goteaba incesantemente.

Pasada la primera media hora la lluvia empezaba a disminuir, sin dejar ningún respiro. Axel ya no notaba las manos, sus entumecidos dedos no respondían a las señales que este les mandaba. Sufría su dolor en silencio tratando de calentarlos con el frote de las palmas.

Cuando el motor dejó de escucharse a Axel le dio un vuelco el corazón. Sacó la cabeza de entre las mantas para ver lo que estaba ocurriendo. Todos estaban bajando del remolque. La madre del muchacho le tendió su mano para ayudarle a bajar. Este no podía agarrarla, pues el frío que sentía no se lo permitía. Un hombre le cogió por la cintura y le bajó rápidamente. Ninguno de los dos sabía del todo a dónde iban, la lluvia

nublaba su visión. El barro era un obstáculo más que sus piernas tenían que soportar. El ambiente estaba cargado de un molesto ruido; la lluvia, el alboroto del lugar y los gritos tampoco ayudaban.

El calor comenzaba a llegar al cuerpo del chico, ayudado de una buena manta y un vaso de caldo que sostenía en las manos. Un intenso miedo se apoderó de él cuando notó su garganta rasparle al tragar. Cientos de veces su madre le había avisado de los peligros de caer enfermo.

Habían llegado al campamento. Estaba en una pequeña tienda de campaña a la cual habían sido invitados por el hombre que le ayudó a bajar de la camioneta. En ella vivía él con sus cinco hijos; sin embargo, esto no le hizo dudar en compartir su hogar.

—¿Qué tal te sientes?—preguntó él.

Tenía una espesa barba negra que contrastaba con su clara piel. Esto le hizo retroceder al chico durante los primeros instantes. En sus ciudad todos eran de piel oscura.

—Mejor.

—Gracias por todo—agradeció su madre—. De verdad se lo agradezco.

Dos de las hijas sonrieron al verla emocionarse. La mayor de ellas se acercó a abrazarla cuando una lágrima resbaló por su mejilla. Cuatro de ellos tenían el pelo tan oscuro como una noche sin luna, a excepción de una, cuyo pelo era pelirrojo rizado. Era la única de los hijos que parecía de la edad de Axel. Los otros dos chicos eran mucho mayores, de unos veintimuchos.

El viento hacía oscilar las finas telas que cubrían la tienda y amenazaba con desplomarla

sin previo aviso.

A la mañana siguiente la tranquilidad volvía a estar presente en el ambiente. Axel comió la mitad de la última naranja que tenían y un trozo de pan que los voluntarios habían repartido. Notaba su garganta peor que la noche anterior, aun así no le dijo nada a su madre. Sabía que decírselo sería preocuparla para nada. Ella no podía hacer más de lo que ya había hecho por él.

—¿Quieres que te enseñe el refugio?—le invitó la niña pelirroja.

Su madre había salido hacía rato a ver el panorama, por lo que él acepto también.

—Oye, ¿cómo te llamas?, tú ya sabes mi nombre.

—Omer—respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Axel, a pesar de estar tratando de memorizar el camino de vuelta, se perdió tras haber girado dos veces a la izquierda, una a la derecha,...Todas las tiendas eran del mismo color azul claro, de tal modo que complicaba mucho más las cosas.

—¿Cómo es que eres pelirroja si tus hermanos no lo son? La reciente sonrisa se borró de la cara de la niña.

—No son mis verdaderos hermanos. Perdí a mis padres hace unos meses.

El corazón del chico se paró por un momento. Nunca había estado en una situación como esa, no sabía cuál era la correcta reacción que debía adoptar, trató de cambiar de tema.

—Y aquí habrá muchos niños para jugar, ¿no?

Mientras andaban, Axel veía toda la cantidad de gente que estaba refugiada en ese lugar. Madres y padres, sus hijos, sus bebés, ancianos, todos ellos vivían en ese lugar, esperando a que volvieran a abrir la frontera que permanecía cerrada. Siempre se había considerado delgado, pero al ver a todas esas personas se sintió afortunado.

—Sí, hay muchos. A veces voy a jugar con ellos cuando me aburro. La tristeza de la niña se veía cada vez más reflejada en su voz.

—Podemos ir a buscar algo con lo que jugar, ¿nos lo pasaremos bien!—dijo él tratando de animarla.

Ella le cogió la mano y tiró de él.

—¡Sí! Vamos, te enseñaré un lugar.

El cambio que sufrió desconcertó a Axel, mientras era medio arrastrado por Omer.

La pobreza del lugar era tal que ninguno de los dos a penas levantaba la cabeza para mirar a sus alrededores. De las seis únicas fuentes, tres de ellas permanecían heladas, por consiguiente inutilizables hasta las primeras horas de la tarde, cuando un pequeño hilo de agua conseguía abrirse paso.

Axel seguía a la chica sin preguntar, se estaban alejando bastante del campamento. El silencio y la tranquilidad del lugar aportaban una pequeña dosis de calma. Llegaron a un árbol del cual colgaba una cuerda cuyo extremo estaba atado a una vieja rueda.

—¿Quieres probar?—preguntó entusiasmada.

—Tú primero—contestó algo inseguro. Al decir la última palabra notó un intenso dolor procedente de su garganta.

Se subió rápidamente, se notaba que tenía práctica y comenzó a balancearse.

—¿Cómo encontraste este lugar?

—He tenido mucho tiempo libre. Sabes que en lo que llevo aquí he visto a cuatro niños nacer—gritaba ella para hacerse oír. Se sentía completamente orgullosa—¡Incluso una vez ayudé a la madre acercando una toalla!

Axel se sentía impresionado por todo lo que decía. Pensaba en lo fuerte que ella era, él nunca se imaginaba reaccionando así ante las desgracias que a la chica le habían pasado. Reflexionó acerca de si su manera de vivir era realmente la correcta. ¿Debía de seguir lamentándose y llorando la muerte de sus padres? ¿Estaría actuando? ¿Habría pensado en abandonar toda esperanza de salvación?

El turno del chico llegó minutos después por lo que no dio solución a ninguna de las preguntas que le habían surgido en su cabeza.

Una suave caricia le despertó. Su madre le miraba con una amplia sonrisa que le hizo percibir algo raro en ella, por lo que se incorporó rápidamente.

—Hijo, tengo una buena noticia que darte. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa?—preguntó Axel asustado.

—Espera aquí.

Se levantó, revolvió el pelo de su pequeño y salió de la tienda. Sin darse cuenta, Axel había comenzado a temblar, no sabía qué estaba pasando. Cuando se volvió a desplazar la tela que servía de entrada a la tienda, el chico quedó cegado hasta que un

cuerpo apareció por ella. Tardó unos cuantos segundos en acostumbrarse a la luz y ver quién era el que entraba.

Su respiración se cortó y su cuerpo reaccionó por sí solo. Antes de que nadie dijese nada

Axel saltaba a abrazarle.

—He pensado en ti todos los días desde que te fuiste—dijo con voz entrecortada. Había comenzado a llorar sin darse cuenta. Su padre le devolvió el abrazo, apretándole con fuerza, de tal forma que si alguien tratase de separarles no pudiera.

—Ya estoy aquí—respondía él—. Te lo prometí, ¡no han podido alejarnos!

Las lágrimas de Axel descendían por sus pómulos hasta llegar a la comisura de sus labios. No podía creer lo que sus ojos veían. Dejaron de abrazarse para comprobar la realidad de la situación.

—Ahora estaremos juntos—comentó su madre cogiéndoles a ambos de las manos.

La familia se miraba feliz, mientras los sentimientos que Axel sentía por ellos se disparaban. La temperatura había aumentado considerablemente comparado con el día anterior, no necesitaba ni mantas ni prendas de abrigo; de hecho, estaba en manga corta. Llevaba unos pantalones cortos rojos que no reconocía. Al vérselos puestos, algo dentro de él se desvaneció. Sus ojos se nublaron por momentos, mientras un intenso mareo se apoderaba de él. Todo comenzó a dar vueltas sin que supiese como reaccionar.

—¿Qué me está pasando papá?—gritaba él. La ansiedad creció en su cuerpo.

No obtuvo respuesta alguna. Notaba cada vez más frías sus lágrimas y un intenso dolor de cabeza se abría paso ante él.

—...bien?—oía decir a alguien a lo lejos—. Axel, ¿te encuentras bien?

El control de su cuerpo había vuelto a él. Abrió los ojos buscando a su padre. La oscuridad de la noche dificultaba su objetivo. Su cuerpo estaba empapado en sudor que su madre trataba de secar con un trozo de tela.

—¡Estás ardiendo!

—¿Y papá, a dónde se ha ido?—decía mientras movía la cabeza de lado a lado.

—Papá todavía no ha venido—respondía besándole la frente para comprobar su temperatura.

Un dolor golpeó su espalda transmitiendo cientos de escalofríos que recorrieron su cuerpo rápidamente. Percibió como todo el mundo le observaba. Estaban en una camioneta mayor que en la que habían venido.

¿Un sueño? ¿Cómo todo lo que había sucedido había podido ser un sueño?

—Como decía Descartes: a veces el sueño es tan intenso que prevalece frente a la vigilia—comentó un hombre que le miraba.

Axel notaba cómo su temperatura corporal aumentaba. Quería gritar a ese hombre, desahogarse con algo, pero sabía que eso no era lo correcto.

—Está enfermo—respondió su madre— ¿Qué te duele?

—Nada, mamá, estoy bien. ¿A dónde vamos?—al acabar la frase, sintió el fuerte dolor que antes no había detectado. A continuación se dio cuenta del insoportable ardor que sus ojos estaban soportando.

La preocupación de su madre crecía conforme avanzaban.

—No tengo nada aquí para darte, esperemos que no sea nada. ¿No te acuerdas?—preguntó desconcertada. Ya se había dado cuenta de que Axel no estaba bien—. El hijo

mayor del hombre de la tienda ha conseguido reservarnos dos plazas en una barquita que sale esta noche.

El muchacho lo recordó por fin y obligó a secarse las lágrimas que todavía quedaban sobre su piel. Su transporte se paró sin darle un mínimo descanso para que este asimilara todo. Cuando sus pies tocaron el suelo un temblor recorrió sus piernas. Estaba débil, lo sabía, pero a pesar de eso no dijo nada.

—¿Estás bien?—le preguntó Omer—. Tienes mala cara.

Se obligó a esbozar una sonrisa.

—No me puedo quejar, vamos a irnos de este país.

La oscuridad le impedía ver los rostros de todas las personas que había en ese lugar. Dos pequeñas barcas de no más de tres por dos metros de plástico duro les estaban esperando al lado de un foco que las iluminaba.

—Ahí no cabremos todos—pensó el chico. Cada vez se encontraba peor.

—Comenzad a subir con cuidado—gritó un hombre con voz firme.

Axel estaba dejando de escuchar lo que sucedía a su alrededor, perdía el control de la situación por momentos. Los botes se estaban llenando rápidamente sin que este reaccionase.

—¡Vamos, Axel! ¡Corre!—le gritó su madre.

Fue hacia la barca donde ella estaba montada. Estaba tan cansado que sus piernas podrían ceder en cualquier momento.

—Lo siento, señora, en esta barca no entran más—dijo el mismo señor que había dado la orden de que empezaran a subir—. Ven a esta, aquí sí cabe.

—¡No, tiene que venir conmigo!—gritó ella. En su voz se percibía ansiedad—. Me cambiaré yo también.

Hizo ademán de moverse.

—No, en esta solo entra uno. No se preocupe las dos van al mismo destino.

Su madre había comenzado a llorar.

—No te preocupes, mamá, estaré bien, ya tengo once años. No será un viaje largo—intervino Axel tratando de relajarla. Escuchar la voz tranquilizadora de su hijo la calmó un poco.

Axel fue ayudado a subir y a continuación las barcas partieron. Ambas iban juntas alejándose velozmente de la costa. Su madre no le perdía de vista y este la miraba de vez en cuando realizando gestos que indicaban que estaba bien.

—Tenía muchas ganas de irme del campamento—dijo Omer que había conseguido quedar a su lado.

El denso vaho que salía de su boca indicaba a Axel que hacía un frío que él no notaba. Cada vez se sentía peor, el dolor de su cabeza no le dejaba pensar. Trató de contestarla; sin embargo, no parecía que su boca quisiese trabajar. En ese preciso momento comenzó a notar cómo la barca que llevaba a su madre se estaba alejando de la suya. El miedo se unió al resto de las molestas sensaciones que su cuerpo estaba sintiendo.

Media hora más tarde ya no había rastro de la otra barca. El mar había ido embraveciéndose poco a poco y las primeras olas empezaron a salpicar a todos los pasajeros.

—Me da a mí que nos vamos a mojar un poco—comentó de nuevo Omer.

Otra ola, esta vez más grande, volvió a chocar contra la barca. El miedo que Axel tenía se había convertido en terror. El viento soplaba con tanta fuerza que era inútil usar los remos. Conforme pasaban los minutos la intensidad y la altura de las olas aumentaba.

—¿Sabes nadar?—preguntó él preocupándose por su nueva amiga.

—Sí, espero no tener que enseñarte mis habilidades. ¿Y tú?

Axel asintió. La tensión estaba aumentando en el ambiente, incluso los más pequeños, Omer y Axel, se habían dado cuenta.

Un brusco golpe hizo volcar la barca. Axel cayó al agua mientras escuchaba gritos a su alrededor, se hundió sin poder evitarlo. Su cuerpo estaba exhausto, no obstante, se obligó a salir. Los violentos gritos de auxilio se escucharon nada más sacar la cabeza. Las corrientes le había desplazado al igual que al bote que quedaba junto a él. Buscó a Omer con frustración. Gritó su nombre a pesar del dolor que sentía; esta apareció a su lado, expulsando todo el agua que había tragado.

El bote había quedado boca abajo.

—¿Estás bien?—preguntó haciéndose oír.

—Estoy helada—grito ella.

—No te sueltes.

Axel miró a sus lados en busca de los demás. Había cinco personas más alrededor de la barca, menos de un tercio de los que habían partido en ella. El cuerpo del chico temblaba por el frío y el agotamiento que sentía comenzaba a paralizarle.

—Ya queda poco, vendrán a buscarnos.

El pesimismo ya había conseguido arraigar en su ser.

—No vendrán. De hecho, quizá esto sea lo mejor para ellos, así no tendrán que pensar en la forma de mantenernos con vida en su país. Estamos solos, casi como lo hemos estado a lo largo de todo nuestro viaje.

—No digas eso—negó ella.

—Solo se preocupan lo suficiente para que no les consideren inmorales. No les importamos nada.

Omer comenzó a llorar a la vez que los dedos de Axel comenzaban a vacilar.

—¡Las personas son buenas!—exclamó ella sin convicción.

Los dedos del chico se despegaron de la barca sin que este pudiese hacer nada. Oía la voz de su amiga a lo lejos, pero no conseguía diferenciar ninguna palabra. La calma comenzaba a abrirse paso en su cuerpo, mientras pensaba en su padre, en su madre, y en todo lo que habían tenido que pasar para llegar al mismo final. Sus ojos habían quedado inmóviles, mirando la belleza del cielo estrellado.

Víctor Rupérez del Hoyo
1º Bachillerato C